

REVISTA DE PEDAGOGÍA

LOS CUADERNOS ESCOLARES

POR PEDRO ARNAL

Maestro director de la Escuela Santa Marta. Zaragoza.

Año V.-Núm. 54

Junio 1926



PUBLICACIONES DIGITALES DEL
MUSEO PEDAGÓGICO DE ARAGÓN

Nº 12
SERIE DOCUMENTOS

Fecha de edición: 19 de mayo de 2021

Edita: Gobierno de Aragón
Departamento de Educación, Cultura y Deporte

Museo Pedagógico de Aragón

Plaza Luís López Allué, s/n
22001 Huesca
museopedagogico@aragon.es
www.museopedagogicodearagon.com

Pedro Arnal Caveró

Pedro Arnal Caveró (Belver de Cinca, 12 de marzo de 1884 - Zaragoza, 27 de abril de 1962) nació en el pueblo donde su padre ejercía de maestro, pero muy pronto se trasladó a Alquézar. Simultaneó los estudios de bachillerato y de magisterio en Huesca. Aprobó las oposiciones y su primer destino fue Artajona (Navarra). Tras una breve estancia en la escuela aneja a la Normal de maestros de Teruel, le fue adjudicada, en 1910, la escuela de la plaza de Santa Marta de Zaragoza. En 1911, formó parte del primer grupo de maestros pensionados por Junta para Ampliación de Estudios para que conocieran el funcionamiento y la organización de las principales instituciones educativas de Francia y Bélgica. Cuando regresó, ensayó algunas de las iniciativas que tanto le impresionaron durante su visita a las escuelas de estos dos países, pronunció conferencias en las que relataba lo esencial de su viaje y firmó decenas de artículos en la prensa sobre todo lo que podría hacerse en las escuelas de Aragón para aproximarlas a lo que ya se estaba haciendo en las de Europa. En 1921 fue nombrado director del grupo escolar de la plaza de Santa Marta. En 1929, se hizo cargo de la dirección de la escuela que Zaragoza levantó en memoria de Joaquín Costa. Pedro Arnal Caveró dirigió este Grupo Escolar durante los primeros veinticinco años de su funcionamiento, hasta que se jubiló en 1954, siendo el número uno en el escalafón de los maestros españoles.

Colaboró en Montañeros de Aragón, en la Sociedad Aragonesa de Protección a los Animales y Plantas, en el Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón (SIPA), en el Ateneo o en la Institución Fernando el Católico. Además, escribió asiduamente en revistas como *La Escuela Española*, *El Magisterio de Aragón* y *La Educación*. Mención especial

merece la relación que se estableció entre este maestro y *Heraldo de Aragón*, donde publicó su primer artículo en 1912 y, el último, unos días antes de su fallecimiento en la primavera de 1962.

Su obra

Aunque la guerra civil le sumió en un profundo silencio pedagógico, ya había escrito varios libros de temática educativa. El primero de ellos, la *Cartilla Aragón*, impreso en los años veinte en Zaragoza, conoció varias ediciones. También se hicieron dos ediciones de *Lecturas* (Zaragoza, 1923 y 1927), un librito ilustrado con los dibujos de los niños de la escuela de la plaza de Santa Marta. La editorial Dalmau Carles publicó *Lecturas Estimulantes* (Gerona, 1932), un libro muy apropiado para los niños que iniciaban el aprendizaje de la lectura. Así mismo redactó el texto *Apuntes de Geografía. Aragón*, (Barcelona, 1936).

Por otra parte, trabajó por conservar y recuperar una herencia antropológica, cultural y lingüística que corría el riesgo de perderse. Arnal Caveró reivindicó el paisaje, y defendió la necesidad de preservar las costumbres y tradiciones, el vocabulario, los refranes, etc. Así lo hizo en libros como *Aragón en Alto. La montaña, el Somontano, la tierra baja* (Zaragoza, 1940), en *Aragón de las tierras altas* (Zaragoza, 1955), en *Vocabulario del Alto-aragonés (Alquézar y pueblos próximos)* (Madrid, 1944) o en *Refranes, dichos, mazadas... en el Somontano y montaña oscense* (Zaragoza, 1953). Los discípulos de don Pedro recopilaron una serie de artículos periodísticos escritos por su maestro, y editaron un grueso volumen misceláneo titulado *Del ambiente y de la vida* (Zaragoza, 1952). Arnal Caveró formó parte, desde su creación en 1919, de la Sociedad Aragonesa de Protección a los Animales y Plantas donde realizó una notable labor divulgativa como puede comprobarse en el libro *Por los seres indefensos* (Zaragoza, 1960).

Pedro Arnal Caveró fue el director de la escuela Costa, el apasionado cronista del somontano, el colaborador durante cincuenta años de *Heraldo de Aragón*, el maestro que todas las primaveras acudía con un grupo de niños de la escuela a los pinares de Torrero para matar la procesionaria. Es cierto que recibió grandes muestras de reconocimiento entre las que podemos destacar la medalla de plata de la ciudad de Zaragoza; que se diera su nombre a algunas calles (en Zaragoza, en Huesca y en Alquézar), a una

biblioteca infantil, a un puente que une las dos orillas del Canal Imperial de Aragón a su paso por los pinares de Venecia, a un colegio público y, más recientemente, al premio que otorga el Gobierno de Aragón a las obras escritas en aragonés. Dos homenajes honrarían especialmente a este maestro: ser nombrado, tras su jubilación, en el Boletín Oficial del Estado, director honorífico del Grupo Escolar Joaquín Costa, y que Alquézar le distinguiera con la consideración de Hijo Adoptivo.

Cuadernos escolares

Además de sus frecuentes artículos en la prensa pedagógica aragonesa, Pedro Arnal colaboró en la *Revista de Pedagogía*, fundada en Madrid en 1922 por Lorenzo Luzuriaga. La *Revista de Pedagogía* fue el órgano de introducción y difusión de los principios de la Escuela Nueva, y la publicación periódica más importante de las primeras décadas del siglo XX. La colaboración de Arnal en la *Revista de Pedagogía* se inició, precisamente, con un trabajo titulado «Los cuadernos escolares» (junio, 1926) en el que exponía las ventajas de su uso y expresaba el convencimiento de que se convertirían en un medio idóneo para transformar la antigua escuela, verbalista y árida, libresca y rutinaria, en una escuela moderna, agradable, alegre, reflexiva y educadora.

Unos años antes Arnal ya había experimentado en sus clases las ventajas de utilizar cuadernos escolares. En la memoria que presentó a la Junta local en junio de 1913 detallaba los trabajos realizados por los niños que estaban a su cargo en el tercer grado de la escuela de Santa Marta. Cada alumno resumió las explicaciones del maestro en varios cuadernos que se convirtieron en un diario de clase, procedimiento que Pedro Arnal reconocía haber importado de Bélgica; además de ejercicios sobre todas las asignaturas que establecía la legislación, propuso a sus alumnos ejercicios de ambidextrismo, lecciones ocasionales, resúmenes de lecturas, descripciones de excursiones, conferencias y paseos. En trabajos manuales los niños hicieron con cartulina estudios comparativos de asuntos de Aritmética, Geometría y Geografía; dibujos diversos, planos, mapas, sólidos geométricos, construcción de cajitas; los niños fabricaron con madera varios trabajos de marquetería, objetos de uso doméstico y de empleo en artes y oficios. Con la intención de dar a la enseñanza un enfoque eminentemente práctico, en la clase de Arnal se abrieron aquel curso libros de comercio que, junto a otros documentos como facturas, pagarés, letras de cambio y giro, recibos, etc.,

sirvieron para iniciar a los niños en prácticas de contabilidad y cálculo mercantil. También ampliaron del museo escolar; estudiaron todo lo que hacía referencia al correo; elaboraron álbumes y mapas en relieve con arcilla; respecto a la agricultura, habían analizado tierras y practicado injertos; habían cultivado plantas (remolacha, trigo, cebada, garbanzos, alubias, etc., y muchas flores). Estas actividades constituyen una prueba fehaciente de como la escuela iniciaba su lenta transformación en todos los frentes, tanto desde el punto de vista metodológico, como en contenidos y en los fines de la institución. Todavía añadía que tres alumnos habían adquirido conocimientos y prácticas de dactilografía, fotografía y solfeo... «y algo más que hemos hecho y que no recordamos por el momento»¹.

Sabemos que realmente Arnal Caveró hizo todo lo que relataba en la memoria final de curso porque en el Museo Pedagógico de Aragón se conservan una treintena de cuadernos de Alfonso Morellón, alumno de la Escuela Santa Marta de Zaragoza, en los que se recogen las actividades que los escolares realizaron durante ese curso. Los cuadernos escolares son un instrumento esencial para conocer el currículum vivido por los niños en las escuelas que, a veces, no coincide con lo que establece la legislación o con aquello que los maestros declaran haber hecho. Los cuadernos de Alfonso Morellón son una crónica de las innovaciones que Arnal Caveró conoció durante su viaje por las escuelas de Francia y Bélgica.

Víctor Juan
Director del Museo Pedagógico de Aragón

¹ Memoria presentada por Pedro Arnal Caveró a la Junta Local de Primera Enseñanza. Junio 1913. Archivo Municipal de Zaragoza, Armario 110, leg. 3, Caja 2456.

LOS CUADERNOS ESCOLARES

POR PEDRO ARNAL

Maestro director de la escuela de Santa Marta, Zaragoza.

Son muy pocos los tratados de metodología y de didáctica pedagógica que nos hablen de cuadernos escolares, con una realidad en la escuela, y nos satisfaría que esa orientación metodológica, relativamente moderna, llegara a todos los maestros españoles con el marchamo de bondad que podrían darle los compañeros que mejor han entendido y practicado esta manera de enseñar.

Alguien supone que los cuadernos escolares nacieron al suprimir los exámenes en las escuelas y al aparecer el real decreto que estableció las exposiciones escolares. Nosotros creemos que los cuadernos escolares, que ya se redactaban en algunas escuelas españolas antes de la disposición ministerial, son el resultado de una feliz inquietud pedagógica; son producto de una razón topográfica, nuestra vecindad con Francia, de donde hemos importado lo que mejor nos ha parecido; son el fruto de aquellas primeras excursiones, por países extranjeros, que algunos grupos de maestros pensionados realizaron a propuesta de la Junta de ampliación de estudios; son una conquista más que han logrado para la escuela española algunos benedictinos de la publicidad y de la traducción, asomados constantemente a Europa. Sin temor a ser

desmentidos, podríamos asegurar que en la fragua de la REVISTA DE PEDAGOGÍA hay inteligencias a cuyo martilleo constante se debe, en gran parte, lo mucho de bueno que ya tenemos en materia pedagógica; y no citamos nombres porque no se crea que es una lisonja interesada o una adulación inoportuna.

Que los cuadernos escolares son una realidad, lo demuestra el hecho de que la inmensa mayoría de los maestros españoles los han adoptado con el plausible propósito de transformar la antigua escuela, verbalista y árida, libresca y rutinaria, en la moderna escuela práctica, agradable, alegre, reflexiva y educadora.

Pero esta simpática renovación pedagógica, que se muestra bien ostensiblemente en el espíritu juvenil del magisterio nacional, necesita un encauzamiento, una vía rectora, una orientación sabia que la aparte del posible riesgo del amaneramiento, del rutinarismo, del desconcierto, del individualismo desconcertante y de la anarquía pedagógica. Tan malo es el monopolio del libro clásico «de memoria», como el exclusivismo de unos cuadernos en los que no presida una buena orientación didáctica.

Hay maestros que, como el fiero sicambro de la historia, queman lo que adoraron y adoran lo que debiera purificar el fuego. Ni los malos libros ni los malos cuadernos han de existir en una escuela; pero tampoco debe haber ni un compañero que, demasiado enamorado del cuaderno escolar, proscriba en absoluto la cooperación del buen libro.

En muchas escuelas se copia el tipo del cuaderno de *Deberes* francés, que no nos satisface. El de *Roulement*, obligatorio en Francia desde el 13 de enero de 1895, no tiene todavía, en nuestra nación, muchos partidarios ni es muy conocido; no aconsejaríamos a los compañeros, por muchas razones que no son del caso detallar, que implantasen en sus escuelas, sin grandes y radicales modificaciones, el uso de cuadernos escolares de marca francesa.

Sabemos de algunas escuelas en las que tienen cuadernos *de temporada*, aproximadamente desde febrero a junio; es decir, que con vistas a la exposición escolar, cada niño hace, más mal que bien, dos o tres cuadernos escolares. Esta labor fragmentaria no se puede tomar en serio; no puede tener valor pedagógico algún acierto aislado, simple balbuceo de modernas normas educativas.

Según nuestro humilde entender, no son buenos cuadernos escolares aquéllos que son escritos por los niños, pero dictados por el maestro; peores serán todavía si los que dictan a diario son los mismos niños. Algunos cuadernos escolares, dictando o copiando,

se repiten durante varios cursos sin variar más que las fechas, grave pecado de pedagogía.

Otra manera hay, además, de fabricar colecciones de cuadernos escolares sin gran esfuerzo físico ni mental del maestro: consiste en copiar de un libro dos o más lecciones diarias, generalmente de esas... dichas enciclopedias tan facilitonas y providenciales. Claro es que también se copian, a calco riguroso, todos los dibujos intercalados en el texto. Los cuadernos escolares hechos de semejante manera, transportados del libro, nos recuerdan el trasiego del vino de uno a otro recipiente. Se dice que Torricelli formuló su famoso principio trasvasando agua; trasvasando lecciones del libro al cuaderno pocos pensadores haríamos en nuestras escuelas.

Pero también hemos de consignar con satisfacción que en España se hacen cuadernos escolares tal vez mejores que los que hemos visto en Francia, en Bélgica y en Alemania. De esos países conservamos varios ejemplares, y comparados con algunas colecciones hechas en nuestras escuelas se observa una diferencia notabilísima. En las escuelas de Cervantes, Florida y Príncipe de Asturias, de Madrid; en las de Baixeras, graduada de la calle Balboa y Farigola, de Barcelona, y en algunas de Zaragoza, que una elemental discreción nos impide nombrar, hemos visto buenos cuadernos escolares. A buen seguro que habrá, además de las citadas, muchas escuelas españolas en las que se redactarán muy notables colecciones de cuadernos escolares, pero no las conocemos y eso nos obliga a restringir el elogio y la información.

En los grados superiores de todas las escuelas graduadas se pueden redactar buenos cuadernos; los maestros tienen competencia para ello y sólo hay que pedir, además, voluntad, gusto, perseverancia, confianza en el éxito.

Los cuadernos escolares han de ser sinceros para que tengan la mejor condición y virtud; con empeño también se logra una limpieza, una pulcritud extraordinaria, cualidad muy estimable. Algunos maestros, obsesionados por el consejo del P. Feijoo, se esfuerzan demasiado en el aspecto artístico, en la belleza de la letra, en el adorno churruigueresco. Un primor caligráfico que intente disimular una chabacana construcción será siempre grave defecto; las faltas de ortografía elemental son evitables: el diccionario al alcance de los niños y la autorización de consultar al maestro toda duda han de hacer el milagro. Desde que se han adoptado los cuadernos escolares se escribe mucho más en las escuelas, pero se hace peor letra que antes, cosa reprobable; si se quiere, es

fácil lograr una presentación muy agradable y una redacción correcta.

Hemos visto cuadernos para cada disciplina escolar, de pocas o muchas hojas, según la extensión que el maestro daba a la enseñanza de la asignatura. Nosotros no aconsejaremos jamás semejante manera de entender lo que debe ser un cuaderno escolar.

Estos cuadernos, que no deben tener más de veinte hojas, han de ser el diario del niño, la referencia más o menos detallada de lo más interesante que cada día piense, oiga, vea, aprenda y ejecute el escolar. A fin de cada curso se pueden reunir hermosas colecciones que, encuadernadas, forman una simpática enciclopedia de cada niño, el *libro consuelo*, como diría Lillo Rodelgo.

Al empezar un cuaderno debe forrarse con un trozo u hoja de periódico; después de terminado se sustituye esa cubierta con papel de barba y en cada cubierta ponen los muchachos el número de orden del cuaderno, su nombre y apellido, el dibujo que más les place y el adorno que prefieren. Los niños cuidadosos, y lo son todos si el maestro se empeña en que lo sean, ponen guardapun-tas, hechos con cartas de baraja, en los ángulos inferiores. Si, a pesar del mucho cuidado, les cae una gota de tinta u observan una mancha de procedencia desconocida, esa mancha, ese borrón, esa gota de tinta se transforma en un globo, en una araña, en un gato, etcétera; basta un poco de habilidad y una pluma fina para convertir en un gracioso adorno lo que sería un pecado contra la limpieza.

Estos cuadernos escolares deben llevar una raya encarnada que limite, a la izquierda de cada página, un margen de unos tres centímetros. ¡Y qué pena nos da el ver cuadernos escolares con ese espacio marginal completamente en blanco!

No hace muchos meses, visitando una bonita escuela de Barcelona, en la que toda idea moderna tiene su asiento, una linda maestra nos enseñó algunos trabajos de las niñas del grado superior, y al ver que nos sorprendía que aquellos cuadernos no tuvieran algo escrito al margen nos preguntó, haciendo un gracioso mohín de contrariedad y de reto: en su escuela ¿qué escriben ahí los niños?

Al margen de cada página pueden y deben escribir los niños alguna frase, alguna idea, algo que ellos quieren recordar, aquello que consideran de un valor afectivo; una observación meteorológica, un suceso, algo eminentemente subjetivo y ocasional y de interés particular. En cada hoja no deben escribirse más de dos frases para no recargar de conceptos la página; se han de es-

cribir con pluma fina y, a ser posible, con letra menuda que imite la de tipografía. Para nosotros, tocados de una puerilidad tal vez excesiva, es de un gran valor todo lo espontáneo, lo sentimental, lo que revela el alma y los sentimientos del niño, lo que apunta una aptitud, una inquietud espiritual, una idiosincrasia.

En una colección de cuadernos de un buen alumno nuestro hay, entre otras, las siguientes notas marginales: «Hace buen día; tiempo fresco; nuboso; ayer tronó; llueve mucho; sopla viento del norte; está helando; el termómetro señala 32 grados; la niebla sube por el Ebro; Moncayo ya tiene nieve... Esta tarde iré al campo con mi familia. Ayer estrené botas de cordones. Me hacen traje de largo. He puesto abono en mi maceta. He sembrado albahaca. Es el santo de mi mamá. Ha venido el tío de Valencia. Me duelen las muelas. Anoche fui al teatro. Hoy iré a comer con mis tíos. He hallado una sortija de plata. Mi maestro está hoy de mal humor porque faltan muchos. Mi maestro está triste porque tiene una niña enferma. Mi maestro me ha reñido por llegar tarde. Mi maestro me ha acariciado. Luis falta a clase desde el jueves. Antonio está enfermo. Mi hermanito Pepe tiene sarampión. Hoy operan a mi hermano. He traído flores para la mesa de mi maestro. Hoy empezaré a escribir a máquina. Un guardia ha detenido a un niño por romper un vidrio. Un auto ha atropellado a un chico del segundo grado. Se ahogó ayer en el Huerva un chico de la escuela de Torrero. La abuelita de Ricardo se ha muerto. Mi compañero de mesa, Sáez, ha traído pinturas nuevas. Han abaratado el pan. Han denunciado a muchos lecheros. Ayer estuve en el partido del Zaragoza con el Iberia. Hoy llevaré a los niños del hospital algunos libros de cuentos. He dado a un pobre diez céntimos. He acompañado a un ciego hasta la plaza del Pilar. He quitado a un niño del primero un cigarro de la boca. A mi papá le han aumentado el sueldo. Hoy baja gran riada por el Ebro. A mi hermanito le ha salido un diente. Hoy me revacunarán. Mi hermano José irá a Melilla esta noche. El tranvía del Gállego ha matado a una paloma de la Lonja. He conseguido una moneda de un real. Hoy me comprarán *El libro del idioma*. A Zamora lo vi ayer en el campo del Iberia. El Atlético venció ayer al Español por tres a uno...» Además, en el espacio marginal y frente al epígrafe correspondiente, se pone la fecha y la indicación de «mañana» o «tarde»; la observación meteorológica se pone diariamente debajo de la fecha.

Todas esas notas marginales que escriben los niños, tan suyas y tan cortas, son producto de su propio sentir; el maestro no interviene directamente y es el muchacho quien las piensa, redacta y

escribe; en nuestra escuela se hace esa labor, mañana y tarde, durante los primeros minutos de la clase, antes que dan comienzo las tareas que el maestro indica.

Nuestros lectores verán que en el índice que acabamos de señalar nada hay de enseñanza ocasional ni de actualidades que tengan valor educativo e instructivo para todos los niños de la clase. Esas notas, para nosotros, tienen ya mucha importancia y se redactan en el cuerpo del cuaderno después de la correspondiente explicación del maestro o de la lectura o del comentario del asunto de que se trate.

En los cuadernos escolares se deben escribir, sin darles mucha extensión, notas resumen de lo más importante que haya ocurrido durante la semana en el extranjero, en nuestra nación, en la ciudad y en la escuela; nosotros lo hacemos durante la última clase del sábado.

Algunos asuntos y lecciones requieren dos y tres epígrafes, que deben hacerse con diversos tipos y formas de letra, con tinta de dos colores y con la debida simetría para que resulte un bello conjunto, aunque sencillo. No se nos diga que en eso se pierde tiempo; si todos los niños tienen, como deben tener, su cajita con diversas tintas y las plumas necesarias, no se invierte más tiempo que el que emplearían para hacerlo mal, sin gusto, sin arte ni proporción. Algunos niños tienen esas tintas, plumas, lapiceros, etc., en un simpático comunismo, en una educativa y edificante camaradería; los alumnos de cada mesa bipersonal, de algunas mesas por lo menos, no conocen eso de *mío* y *tuyo*, sino lo *nuestro*; la razón económica, con ser cosa atendible tratándose de niños pobres, tiene mucho menos valor que el aspecto educativo y sentimental del detalle.

En el cuaderno escolar ni se puede ni se debe escribir todo lo que el niño oye y aprende diariamente; no hemos de hacer taquígrafos ni discos de gramófono, y ya hemos quedado antes en que esos cuadernos ni deben ser producto de dictados constantes ni de copia fiel de libros, malos o buenos.

Claro es que los epígrafes de los asuntos a tratar (un principio científico, una clasificación, una división de materias, una definición...) pueden y deben dictarse, a juicio del maestro, para evitar errores básicos. También, sin abusar del procedimiento, se puede escribir un concepto, un resumen en el encerado y los niños redactarán en sus cuadernos cuanto entiendan y como sepan de lo que han visto y leen, pero sin copiar literalmente, con propia sintaxis.

Más de tres o cuatro actuaciones o trabajos no se deben poner en el cuaderno, cada día, ni se deben hacer borradores. En muchas fechas, ni cuatro ni siquiera tres asuntos o lecciones pueden redactarse en el cuaderno; muchas explicaciones, casi todas las de algunas disciplinas, exigen un dibujo, un experimento, un trabajo manual. Si por la mañana, por ejemplo, se escribe sobre las comunicaciones de la región y se hace un mapa, y por la tarde se redacta algo sobre arquitectura árabe en España y se trazan croquis de arcos, de columnas y de características del estilo mudéjar, ni habría tiempo para más cosas ni vamos a tener a los niños escribiendo y dibujando constantemente. Se impone que presida un buen criterio pedagógico de organización al planear, a principio de curso, la distribución semanal de disciplinas escolares para evitar que en un mismo día coincidan materias que exijan excesiva labor en el cuaderno escolar.

Todos los días deben leer, especialmente en la primera hora de la tarde, el maestro y algunos niños; los resúmenes y explicaciones orales son obligados al terminar la lectura, pero redactar en el cuaderno escolar un trabajo, propio del niño, a base de lo leído, no se debe hacer ni se puede hacer cada día. A nuestro entender, la primera clase diaria ha de ser de cálculo; aunque todos los niños y todos los días hagan ejercicios y trabajos escritos, pueden hacerse en cuartillas o en «blocs», dejando para el cuaderno escolar dos asuntos semanales, por ejemplo.

Todas las demás disciplinas escolares ya pueden tener cabida, sin solución de continuidad, en los cuadernos, pero sin dar extensión excesiva a los asuntos. Lo que en ellos se fije no ha de ser todo lo que han visto y oído; a los niños no se les debe exigir cuanto pueden aprender, sino aquello que no les es dado ignorar. De Llorca hemos aprendido que con los niños se debe ir tan lejos como ellos permitan que se vaya, pero en los cuadernos escolares no es posible ni conveniente una balumba de extensos trabajos. Una referencia, una idea fundamental, un bien hecho resumen a manera de programa, unas conclusiones y principios básicos bien entendidos y contrastados por los alumnos es cosa más conveniente que mucha prosa insulsa. No se olvide que los programas escolares facilitan o dificultan la labor de los cuadernos, y es preciso, al redactar o adoptar unos u otros, tener en cuenta la posibilidad de que todo asunto tenga, a fin de curso, su realidad en el cuaderno escolar.

Antes que los niños escriban en sus cuadernos, con propia redacción, cuanto hayan asimilado de una explicación o de una lec-

tura, el maestro deberá fijar en el encerado los epígrafes que encabecen el trabajo, hará los dibujos, esquemas, croquis, cuadros... que sean precisos para ayudar a formar conceptos verdaderos, y pondrá a la vista y al alcance de la mano del niño todo el material que represente o reproduzca aquello de que se trate. La lectura, la materia llave, como la llaman los norteamericanos, hecha con gusto y en buenos libros, auxilia extraordinariamente a maestros y a niños para hacer buenos trabajos en los cuadernos escolares.

Los dibujos que forzosamente ha de haber en el cuaderno escolar han de hacerse a base de los que el maestro trace, muestre o indique, sin copiar a calco; no es indispensable que todos los niños de la clase hagan un mismo dibujo por el tamaño, colorido, etc.; hay monotonía y uniformidad poco recomendables. Claro es que si se habla, por ejemplo, de la región del Ebro, todos los dibujos representarán, en diferente escala, el mismo asunto; pero si se tratase de mamíferos, cada niño dibujará el animal que mejor le parezca, siendo mamífero, de cuantos conozca o de cuantos posea y vea en fotografías, grabados, láminas, etc.

Los maestros principiantes se desanimarán en su afán de tener buenos cuadernos al ver que se suceden los pequeños fracasos; no deben ser pesimistas; perseveren en tan noble empeño, que el éxito coronará su esfuerzo. Si un niño que cae cuando empieza a andar no insistiese en el aprendizaje por temor a nuevas caídas, jamás se serviría de sus piernas. Se llega a hacer muy buenos cuadernos escolares, perfeccionándolos cada año, cada mes, cada día, es decir, haciendo muchos cuadernos; como se aprende a nadar sólo nadando. No caigamos en la simpleza de Gedeón, que, porque estuvo en peligro de ahogarse, juró no volver a nadar mientras no supiese.

Es de mal efecto que se transparenten los dibujos y los epígrafes; ese mal es remediable, pues se consigue evitarlo con la calidad del papel y con el empleo de plumas finas. Los cuadernos de nuestras mejores colecciones están hechos con papel de catorce kilogramos en resma; los diagramas fisiográficos, las curvas de nivel, las tintas hipsométricas, los gruesos trazos de un epígrafe, el sombreado de un dibujo, el colorido de un trabajo, etc., quedan perfectos y no se advierten en la página opuesta, no hay apenas transparencia. De todos modos, es bueno no hacer ningún dibujo de trazos intensos detrás de otro dibujo.

Pero no basta que en una escuela se hagan envidiables cuadernos: es preciso, además, que los niños estudien en ellos y lean en

los libros, que se les indique el asunto objeto de lección. Lo que se escriba en el cuaderno ha de ser el concepto más indispensable, lo menos que el niño debe saber de una lección o asunto, la referencia, la idea mínima. Claro es que el niño que ha entendido una explicación o una lectura y ha redactado en su cuaderno un resumen de cuanto ha aprendido, sólo necesitará un vistazo al cuaderno, un estudio ligero, para recordar los conceptos; pero el buen libro deberá ampliar las nociones que fijó en su diario. Los cuadernos escolares han de contribuir a hacer niños fábrica y a evitar niños almacén.

Pocas son las graduadas que tengan en sus grados superiores, quinto y sexto, una matrícula excesiva, aunque a principio de curso estén todas las plazas ocupadas. Supongamos que haya, por término medio, cuarenta niños, y tal vez calculemos por exceso; un maestro trabajador puede hacer que todos esos niños hagan bien sus cuadernos sin tener que imitar a nuestros compañeros los franceses, especialmente a las maestras, que llevan diariamente a sus casas docenas de cuadernos para corregir.

Porque un niño tenga alguna leve falta de ortografía, o una deficiente construcción, o un dibujo imperfecto, o un trabajo mediocre, no nos hemos de apurar; cada día un consejo, una advertencia, un estímulo, y los alumnos perfeccionarán su labor. No será posible tal vez la corrección diaria de todos los trabajos de los cuadernos escolares; pero sí ha de estar el maestro constantemente entre los niños, repartiendo sus sentidos y potencias para aconsejar, indicar, corregir, contestar, animar y enseñar. El diccionario y el encerado serán los auxiliares; el mostrar los mejores trabajos gráficos y el leer en voz alta las redacciones más correctas servirán para despertar una emulación sana en los que encuentren más espinoso el camino y más difícil la cuesta.

El maestro ha de trabajar entre los niños, en sus propias mesas, mientras escriben o dibujan algo en el diario de clase; pasar horas enteras acomodado en el sillón no es garantía de éxitos pedagógicos; hay que ir a las montañas y no esperar a que ellas vengan hasta nosotros. Mientras los pedagogistas no inventen recetas prodigiosas, para nosotros no hay más que una manera de lograr éxitos en la escuela: trabajar mucho y bien.

